



OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



MARITAIN AL AMANECER DEL TERCER MILENIO *

Philippe Chenaux

(Director Editor de la revista 'Notes et Documents' del Istituto Internazionale Jacques Maritain, de Roma, en la que fue publicado este artículo.)

Jacques Maritain ha sido, por su obra y por sus compromisos, uno de los grandes precursores del Concilio Vaticano II. Es necesario recordar las palabras de Paulo VI entregándole al viejo filósofo el mensaje a los hombres de pensamiento y ciencia el día de la clausura del Concilio: “La Iglesia le está reconocida por el trabajo de toda vuestra vida...” (carnet de notas, 8 diciembre 1965). El día anterior, Maritain había escuchado con alegría al Papa celebrar en su discurso, en la última sesión pública del Concilio, la llegada de un “Nuevo Humanismo”, Aquel del “hombre verdadero”, aquel “del hombre entero” (*integer homo*), frente a los desafíos del “humanismo laico y profano” cerrado “a la trascendencia de las cosas supremas”. “La religión del Dios que se hizo hombre se reencontró con la religión (que es una) la del hombre que se hizo Dios”.

* Traducido del francés por Ramón Contreras B., Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas, Instituto Católico de París.

Escuchando estas palabras, Maritain podía con todo derecho reconocer como un eco sus tesis del “Humanismo Integral”, condenado diez años antes por el Padre Messineo en la Revista *Civiltà Cattolica*. “El tiempo del “naturalismo integral” ha terminado,” le dirá Pablo VI, en una audiencia privada dos días mas tarde (carnet, 10 diciembre 1965.)

El Concilio Vaticano II no significara posiblemente “la victoria de Maritain” (como lo dieron a entender en su momento sus adversarios), pero éste marca en todo caso, la consagración del magisterio supremo de la Iglesia con algunas de sus ideas e intuiciones mayores en reconocimiento de aquellas por las cuales él había luchado (con otros: pensamos aquí en su gran amigo el Cardinal Journet) a lo largo de toda su vida. El treinta aniversario de su desaparición ha sido la ocasión para interrogarse sobre la pertinencia de esta herencia de pensamiento para la Iglesia y los cristianos al amanecer del tercer milenio.

Un coloquio recientemente organizado conjuntamente por nuestro Instituto y el Centro San Luis de Francia de Roma, bajo él título programático ‘Jacques Maritain, filosofo de la ciudad’ (5-6 diciembre 2003) ha querido comenzar esta necesaria reflexión sobre la actualidad del pensamiento de este gran filósofo. Nosotros quisiéramos por nuestra parte, sugerir algunas pistas de reflexión, incorporando el aporte del pensamiento maritaniano a la recepción de las enseñanzas del Concilio Vaticano II, esta “brújula confiable para orientarnos en el camino del siglo que comienza” como lo ha escrito el Papa Jean-Paul II en su carta apostólica “Al comenzar el nuevo milenio” (6 Enero 2001).

Tres temas eminentemente “maritanianos” y conciliares me parecen dignos de ser tomados en consideración en esta perspectiva: La libertad religiosa, el apostolado de los laicos y las relaciones con el judaísmo.

- Toda la reflexión de Maritain, a partir de la condenación de la Acción Francesa (1926), ha consistido en pensar de una manera nueva el problema de la articulación entre poder espiritual y el poder temporal. Sin abandonar jamas el ideal intransigente de una subordinación esencial del segundo al primero (ideal de cristiandad) él se dedica a hacer coincidir éste con las nuevas exigencias de la conciencia moderna (en el primer lugar de las cuales se encuentran la libertad

y la tolerancia) haciendo estallar de manera definitiva el modelo de Estado cristiano y afirmando, frente a la opresión totalitaria, la esencia evangélica de la democracia y el origen cristiano de los derechos del hombre

¿No habrá habido espacio para ubicar al filósofo católico entre los inspiradores de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre adoptada por la Asamblea General de Naciones Unidas en Diciembre 1948? El aporte de su pensamiento no fue menor en la elaboración de la declaración conciliar Dignidad Humana, a través de la cual la Iglesia reconoció por primera vez la realidad del Estado moderno, es decir de “un Estado de derecho, democrático, social, laico, pluralista” (Pietro Pavan). Afirmando con fuerza la necesaria laicidad del Estado contra toda forma de integrista religioso, Maritain afirma sin embargo con fuerza que “el estado de espíritu democrático” tiene necesidad “de la inspiración evangélica” para subsistir.

- Esto nos conduce a un segundo tema del pensamiento Maritainiano rico en enseñanzas para los tiempos presentes: aquel del compromiso de los laicos en la vida de la ciudad.

No es difícil de demostrar la influencia de los escritos del filósofo tomista en el surgimiento de lo que se llamó en su época el movimiento para el apostolado de los laicos. La famosa distinción propuesta por Maritain en su libro ‘Humanismo Integral’ (1936), entre actuar “en tanto que” cristiano (en el plano espiritual) y actuar “en” cristiano (en el plano político), debió marcar a toda una generación de militantes de la Acción Católica. Ella será retomada prácticamente tal cual en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, a la elaboración de la cual debieron colaborar varios laicos maritainianos (entre ellos Ramón Sugranyes de Franch, presidente de honor de nuestro Instituto, y Augusto Vanistendael, recientemente fallecido a quien le rendimos homenaje en este número): “Donde exista una sociedad de tipo pluralista, es muy importante que se tenga en cuenta una mirada justa de la relación entre la comunidad política y la iglesia; y que por tanto se distinga claramente la relación entre la acción que los fieles, aislados o en grupo plantean en su propio nombre como ciudadanos, guiados por su conciencia cristiana, y las acciones que ellos llevan a cabo en nombre de la Iglesia, en unión con sus pastores”. (GetS,76,1).

En esta hora que asistimos a una cierta desaparición de la inspiración cristiana en política y el resurgimiento de ciertas tendencias neoclericales en la Iglesia, no es del todo inútil meditar la lección del filósofo laico comprometido que fue Maritain. Ello se une a lo que declaró recientemente el Cardenal Arzobispo de Viena Christoph Schonborn a propósito del rol de los laicos, que no es tanto el de substituirse al clero en el servicio a la comunidad parroquial, sino de “testimoniar de sus convicciones en el plano vida social y cívica” (El Desafío del Cristianismo, París, 2003, Pág. 19.). De los años de Meudon a los años de Princeton, pasando por los años en la Embajada ante la Santa Sede, los “tres Maritain” ofrecen el ejemplo de una forma de “santidad profana” que es igualmente una de las grandes intuiciones conciliares sobre los laicos y que ha sido como la base de su compromiso en el siglo.

- Si hay un texto del Concilio Vaticano II acorde con el pensamiento de Maritain, es la declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones con el judaísmo y las religiones no cristianas. Sabemos con que fuerza el hijo espiritual de León Bloy, autor del libro “La Salvación de los judíos”, había denunciado, a finales de los años 30 y delante el surgimiento del nazismo, “la imposibilidad” teológica del antisemitismo para un cristiano y el de abogar por el reconocimiento del destino misterioso del pueblo elegido. El filosemitismo de Maritain y sus amigos, no siempre bien comprendidos por Roma en lo inmediato de la postguerra, ha contribuido de manera decisiva a eliminar de la conciencia católica las huellas de esta “enseñanza del menosprecio”, nacida de una tradición anti-judía secular, que ha tenido su parte en la génesis del antisemitismo moderno. Esta nueva actitud en consideración de aquellos que el Papa Jean Paul II ha llamado “nuestros hermanos mayores” en la fe, durante su visita histórica a la sinagoga de Roma en abril 1986, tan afín con el pensamiento de esta otra gran figura de la filosofía cristiana del siglo XX que a sido Edith Stein “hija del pueblo judío e hija de la iglesia católica” (como ella se definía asimismo en su carta a Pío XI en abril 1933), que hoy en día es el bien común de la Iglesia Universal toda entera.

Frente a la tentación de la intolerancia, del fanatismo y el recogerse sobre si mismo en nombre de la preservación de una identidad nacional o religiosa amenazada, las enseñanzas de Maritain sobre “la imposibilidad del antisemitismo” no han perdido nada de su actualidad.

No existe otra vía para las grandes religiones planetarias que aquella del dialogo y el de escucharse recíprocamente, si ellas quieren contribuir a pacificar esta “ciudad global” peligrosa que se ha vuelto el mundo de hoy.

